

LA DESCOLONIZACIÓN

Agustina Quiroga y Pablo Moro

Resumen

El capítulo busca poner en común algunos rasgos generales acerca de los procesos de descolonización vividos en Asia y en África tras la Segunda Guerra Mundial, a fin de realizar algunos aportes para la enseñanza del tema. Se propone pensarlos contemplando las múltiples dimensiones que constituyen la relación imperial —económico, política, cultural—y analizarlos desde la decolonialidad del saber. Asimismo, el caso de Argelia será presentado como paradigmático por su gran peso simbólico y político en la historia del siglo xx. De esta manera, se invita al abordaje de este tema desde una mirada problematizadora y como parte constitutiva de la historia de las periferias que merece ser estudiado en las aulas.

«El colonialismo es la organización de la dominación de una nación por medio de la conquista militar.

La guerra de liberación no es busca de reformas sino esfuerzo grandioso de un pueblo, antes momificado, para encontrar su genio, para retornar su historia y volverse soberano.»

Frantz Fanon (1973)

El proceso de descolonización es, sin dudas, largo y complejo. Una variedad de expresiones desde abajo (expresiones de clase, de etnia, de estatus político) en distintos lugares del tercer mundo confluyen en movimientos contrahegemónicos con fines claros: la destitución de la ocupación imperialista y la constitución de una nación soberana.

Ahora bien, sería necio desconocer que esas expresiones estaban atravesadas por múltiples factores que las definían y que, incluso, podemos encontrar contradictorios entre sí. Dependiendo del momento y del lugar en el que centremos nuestro análisis podemos observar posiciones más o menos consolidadas al respecto. En definitiva, la descolonización como objeto de estudio de la historia se puede abordar desde múltiples perspectivas y que, por haber sido motivo de revueltas políticas en un pasado no tan lejano, despierta aún hoy tantas emociones como análisis racionales. Esto presenta algunas dificultades a la hora de abordar el tema en una clase, incluso en un curso de nivel universitario. Se puede hablar de dos grandes problemas: en primer lugar, el mismo concepto de descolonización implica tener debates ya saldados o haber transitado ciertos recorridos que los estudiantes no necesariamente tienen (los conceptos de colonia, imperialismo o soberanía, por ejemplo); y, en segundo lugar, y teniendo en cuenta lo que decíamos más arriba, muchos estudiantes cuentan con alguna versión parcial sobre el tema, que muchas veces está atravesada por las propias lógicas culturales de las naciones que impusieron o imponen aún sus verdades hegemónicas.

Este capítulo se enmarca dentro del trabajo de cátedra de Historia Social General, pensada como una introducción a la historia del siglo XIX y XX a estudiantes de diversas carreras de la Facultad de Artes (FDA) de la Universidad Nacional de la Plata (UNLP). Intentará eludir las discusiones historiográficas en torno al tema, con el fin de poner en común algunos rasgos generales sobre los procesos de descolonización y así poder realizar algunos aportes para el tratamiento y la enseñanza del tema en el aula.

Hacia una construcción de la descolonización

En una fotografía de 1960 [Figura 1] observamos cinco hombres de pie. Algunos sonríen, otros no tanto. La heterogeneidad de rasgos es lo que cunde en aquella imagen, a pesar

de que lo que se iniciaba en aquel momento era la unidad de los países no alineados. Los presidentes Jawaharlal Nehru, de India; Kwame Nkrumah, de Ghana; Gamal Abdel Nasser, de Egipto; Ahmed Sukarno, de Indonesia, y Josep Tito, de Yugoslavia, protagonizan un año después, en 1961, la Conferencia de Países No Alineados en Belgrado. Hacía catorce años, India había alcanzado su independencia, un acontecimiento simbólico y de gran impacto, pues se trataba de la liberación de una colonia de grandes dimensiones. Un año después de Belgrado, Argelia logra su liberación.



Figura 1. Los presidentes Jawaharlal Nehru, de India; Kwame Nkrumah, de Ghana; Gamal Abdel Nasser, de Egipto; Ahmed Sukarno, de Indonesia, y Josep Tito, de Yugoslavia, 1960

Las diversas naciones que habían sido sometidas durante años al colonialismo constituían en los años sesenta una tercera posición, centrada en la liberación de los países periféricos. Este conjunto de procesos, al que llamamos *descolonización*, implicaba una intrínseca articulación de fuerzas entre distintos sectores de las sociedades colonizadas como parte fundamental en la lucha contra la imposición política y el racismo.

Nos proponemos presentar algunas reflexiones en torno a las guerras de liberación nacional vividas en Asia y en África tras la Segunda Guerra Mundial, focalizando en la intención de pensar las independencias desde la decolonialidad del saber. Tomaremos el caso de Argelia como hecho histórico que condensa los diversos aspectos que constituyen, de manera articulada, la política de control y de sometimiento de una nación sobre otra.

Las dimensiones del imperialismo

Reflexionar en torno a los procesos de descolonización que tuvieron lugar en Asia y en África luego de 1945 implica necesariamente dar cuenta del imperialismo. Como sabemos, las crisis económicas son un aspecto inherente al sistema capitalista y tras las profundas quiebras de escala global, el capital tramita la manera de recomponerse generando nuevas lógicas de acumulación.

La larga depresión de 1870-1885 fue la antesala de la salida imperialista. Esta implicó la concentración de la economía, la ocupación de territorios extraeuropeos en busca de mercados, inversión y materias primas. La *belle époque* fue el momento ascendente y de resolución de aquella depresión que favoreció el pasaje de muchos países del *status* de gran potencia europea a convertirse en gran potencia mundial (Mommsen, 2004). El imperialismo, entonces, a diferencia del colonialismo europeo de siglos anteriores, ya no se trataba de adquirir territorios a partir de la revolución oceánica (Bender, 2011), sino del aprovechamiento económico y de la fuerza de trabajo en las colonias, el monopolio y la exportación del capital financiero. La libre concurrencia y la exportación de mercancías será superada por el capitalismo monopolista y la exportación de capital (Lenin, 2008).

Con relación a esto, Edward Said (1996) señala:

Ni el imperialismo ni el colonialismo son simples actuaciones de acumulación y adquisición. Ambos se encuentran soportados y apoyados por impresionantes formaciones ideológicas que incluyen la convicción de que ciertos territorios y pueblos necesitan y ruegan ser dominados (p. 44).

En ese sentido, resulta interesante dar cuenta de los aspectos culturales que favorecieron la hegemonía de ciertas naciones imperiales sobre otras, de manera tal que los procesos imperialistas se producen más allá de las leyes económicas y de las definiciones políticas. Tal es así que la jerarquía de la colonialidad se manifestaba en todos los dominios: político, económico y, no menos, en lo cultural (Quijano & Wallerstein, 1992). La ideología nacionalista europea funcionó como una ética en aquellos años. Wolfgang Mommsen (2004), en su clásico texto, explica que solo en la encrucijada de las rivalidades nacionalistas, el capitalismo moderno empezó a desarrollar rasgos imperialistas. Las ideas nacionalistas en Occidente encontraron eco y apoyo popular, como también gestó exponentes nacionalistas como Charles Maurras en Francia, quién promovió el máximo valor de la nación conservadora.

La expansión de los estados europeos implicó conquistas militares, explotación económica e injusticias, justificadas por la supuesta difusión de civilización, crecimiento económico y

desarrollo y progreso (Wallerstein, 2007). El reparto de Asia y de África, las disputas y los acuerdos en torno a las áreas de influencia, al tutelaje y el control de aquellos pueblos que eran considerados *inferiores* por Occidente gestó el enfrentamiento bélico interimperialista de la primera mitad del siglo xx. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, se iniciaron las guerras de liberación protagonizadas por el pueblo africano y asiático.

Pensar la descolonización desde la decolonialidad del saber

Existe una tensión entre el concepto de descolonización y el de guerras de liberación según Muriel Evelyn Chamberlain (1997). El primero supone la iniciativa de las potencias imperialistas para la negociación y el acuerdo de la independencia de sus colonias, mientras que el segundo pone el foco en la acción de los pueblos dominados. Ante este debate, consideramos que resulta de interés comprender la complejidad del fenómeno, contemplando la diversidad de situaciones vivenciadas en las excolonias, como las generalidades compartidas. En algunos casos, las metrópolis se encontraron cercadas y se abrieron al diálogo frente a la tendencia de independencias que parecía irrefrenable. En otros casos, la resistencia por parte de las potencias europeas llevó a enfrentamientos, generando guerras por la liberación nacional, tal es el caso de Indochina y Argelia.

Más allá de la discusión conceptual, entendemos que los análisis socio-históricos producidos en las academias occidentales en torno a estos hechos, han ayudado a construir y a legitimar perspectivas históricas acerca del sistema mundo contemporáneo. Las potencias lograron forjar y consolidar un relato en torno a los sucesos imperiales basados en la *misión civilizatoria* europea, destinada a acompañar y tutelar estas naciones subdesarrolladas e inferiores a los ojos occidentales.

Pensar desde la decolonialidad del saber implica comprender que en la producción misma de conocimiento occidental se produce una necesaria subalternización del conocimiento y de las culturas de estas otras sociedades (Escobar, 2003). Repensar las guerras de liberación nos invita a analizar dichos hechos socio-históricos desde el sur, contemplando la complejidad y ubicándolos como parte de un proceso más amplio que se teje con la idea de modernidad y el nacimiento de Europa como centro de poder, tras la conquista de América y el control del Atlántico.

En este sentido, sostenemos que la colonización se produjo también en el plano de las ideas y de la producción de conocimiento. Fue tal así, que en el mundo excolonial las ciencias sociales han favorecido al establecimiento de contrastes con la experiencia histórico cultural *universal* europea, identificando carencias y diferencias a ser superadas, dejando a un lado el conocimiento de esas sociedades a partir de sus especificidades histórico culturales (Lander, 2011). Europa logró forjar y consolidar un modo de

conocimiento que se manifiesta como universal, pero que descansa en «una confusión entre una universalidad abstracta y el mundo concreto derivado de la posición europea como centro» (Dussel, 2000, p. 471).

Los aspectos culturales han cumplido y cumplen un papel fundamental en la construcción y el sostenimiento de las vinculaciones hegemónicas. De esta forma, sostenemos lo señalado por Arturo Escobar (1996) acerca de que la economía occidental debe ser vista como una institución compuesta por sistemas de producción, poder y significación. Estos tres sistemas se unieron al final del siglo XVIII y están inseparablemente ligados al desarrollo del capitalismo y la modernidad. Asimismo, Said (2005) nos invita a problematizar en torno a esto, cuando afirma que en las colonias la coerción y la intimidación si bien se manifestaba a través del ejército, este tenía un papel reducido si consideramos el inmenso territorio que administraban.

Había un programa de pacificación ideológica: el sistema de educación que se promulgó en 1830 que dejó en claro que debía enseñarse a los indios la superioridad de la cultura inglesa. Desde luego, en el caso de revueltas no se escatimaba el uso de la fuerza para aplastar las revueltas [...]. Si bien había fuerza pero, en mi opinión, mucho más importante que la fuerza era la idea inculcada en la mente de los colonizados: que su destino era vivir gobernados por Occidente (Said, 2005, p. 66).

Con esto señalamos, entonces, que los mismos análisis y estudios acerca de la colonización y las guerras de independencia sucedidas entre 1947 y la década de los setenta en Asia y en África suponen, también, un proceso complejo de disputa. No es casual que hace pocos años en Francia existió una polémica a partir de la sanción de una ley que implementaba la incorporación de contenidos, en los manuales escolares, que reconocieran los efectos positivos de la colonización.¹

De esta manera, perdura la idea de colonialidad, más allá de las independencias —formales— de aquellos países.

La colonialidad se inició con la creación de un conjunto de estados reunidos en un sistema interestatal de niveles jerárquicos. Los situados en la parte más baja eran formalmente las colonias. Pero eso era sólo una de sus dimensiones, ya que incluso una vez acabado el status formal de colonia, la colonialidad no terminó, ha persistido en las jerarquías sociales y culturales entre lo europeo y lo no europeo (Quijano & Wallerstein, 1992, p. 584).

Contemplar la complejidad de dimensiones —económicas, culturales, políticas— que constituyen las relaciones imperialistas, desde una mirada decolonial, nos invita a

reflexionar en torno a un hecho complejo que perdura en debate. La batalla continúa por otros medios, hoy lo que está en juego son las formas de presentar, analizar, estudiar y enseñar estos hechos contemporáneos y fundamentales, a nuestro entender, de la historia universal.

Hacia la liberación nacional

La noción de *misión civilizadora* nos ayuda a entender el proceso de descolonización. Se debe entender dentro del paradigma de darwinismo social francés, que pretendía legitimar la conquista imperialista. El imperio francés se caracterizó por *asimilar* los pueblos que habitaban sus colonias y convertirlos a la cultura y la civilización francesa, mientras que el inglés experimentó formas de gobierno de tipo indirecto, con ciertos grados de autonomía (Chamberlain, 1997). Cuando en la posguerra comenzaron los enfrentamientos entre metrópolis y colonias, la nación francesa tuvo una respuesta resistente, siendo las guerras más cruentas la de Argelia y la de Indochina. Con relación a esto, Chamberlain (1997) explica: «La diversidad de las prácticas gubernamentales adoptadas por las potencias colonizadoras influyó naturalmente en la forma que iba a tomar la descolonización en los diferentes territorios» (p. 20).

Una de las primeras independencias fue la de India en 1947, convirtiéndose en la referencia para demás países periféricos sometidos al control imperialista. La experiencia india era simbólica, pues sucedió en la colonia más grande del mundo y parecía mostrar que la descolonización en el resto del mundo era inevitable. Atenta a los movimientos de liberación desarrollados en las periferias, Gran Bretaña rápidamente comprendió que el formato para el ejercicio del imperialismo debía necesariamente mutar. La *Commonwealth* (la comunidad británica de naciones) se adaptaría al momento socio-histórico, ideando una nueva forma de acumulación que se sintetizaría en la década de los setenta bajo el neoliberalismo financiero transnacional.

En la Conferencia de Bandung de 1955, a la que asistieron trescientos cuarenta delegados de veintitres estados asiáticos y seis africanos, los presentes se definieron como *tercera fuerza* entre los bloques imperialistas que ordenaban la Guerra Fría. El espíritu de Bandung se orientó al neutralismo y el no alineamiento. Sukarno (en Bréville, 2016), presidente indonesio, expresó en el discurso de apertura:

Tengo la certeza de que a todos nosotros nos unen cosas más importantes que aquellas que nos separan de forma superficial; por ejemplo, nos une el mismo odio al colonialismo en cualquiera de sus formas, nos une el odio al racismo y la determinación común de preservar y de estabilizar la paz en el mundo (p. 125).

Luego de Bandung se avanzó en las independencias de aquellas colonias que aún no lo habían logrado. Fue así que las colonias del imperio británico, francés, belga, portugués fueron alcanzando su libertad.²

El caso de Argelia ha sido paradigmático, puesto que puso de manifiesto la mayor contradicción en el justo centro de los valores occidentales. La libertad y la igualdad, preconizada por los franceses del siglo XVIII, convivía con el sometimiento de poblaciones árabes. Al concluir la Segunda Guerra Mundial, Francia intentó perdurar su control sobre el norte de África. Túnez y Marruecos eran protectorados, lo que significaba que existía una autoridad nacional propia aunque condicionada y no soberana de hecho. En 1956, tras el fracaso en Indochina y el nacimiento del Ejército de Liberación Nacional (ELN) en Argelia, una Francia debilitada aceptó la independencia de aquellos dos protectorados. La situación en Argelia era distinta, pues había sido incorporada como un departamento del territorio francés. La resistencia argelina no era una novedad, había iniciado un siglo atrás tras el desembarco francés en 1830. En aquel entonces Emir Abdel Kader inició la lucha contra la conquista y el Frente de Liberación Nacional (FLN) de Argelia, que derrotó a los franceses y logró la independencia recién en 1962, se consideraba continuador de la resistencia iniciada en 1830, «se veía como parte de una misma historia» (Said, 2005, p. 71).

La represión y la tortura fue la respuesta francesa a la rebelión iniciada por Ahmed Ben Bella en 1954 y a la posterior organización del FLN. En 1957 tuvo lugar la conocida Batalla de Argel, «los ataques terroristas del FLN contra objetivos civiles y militares franceses fueron contestados con la tortura generalizada y la ejecución sumaria de centenares de argelinos» (Béjar, 2013, p. 187).

El proceso de liberación argelino fue arduo y difícil, no es nada nuevo. Pero debemos tener en cuenta que la represión directa convivía con formas de dominación cultural que servían como resortes de legitimación de aquel orden. En el libro *La batalla de Argel* (1996), de Gillo Pontecorvo, podemos ver una escena ejemplificadora. No es un dato menor que la película sea de 1966.

La escena se ubica en Argel en 1954. La cámara y una voz en *off* presentan «la ciudad europea», y luego enfoca paulatinamente hacia la derecha y se observa allí, a lo alto de una colina: la *Casbah*.³ Mientras, nos muestra imágenes de hombres y mujeres habitando y transitando aquella ciudadela, acarreando canastos en sus espaldas, subiendo las escaleras clásicas de la ciudad; la voz en *off* recita el comunicado número 1 del FLN: «Hermanos argelinos, ha llegado la hora de salir de la larga noche y de la gran miseria en la cual durante ciento treinta años la opresión colonial nos ha tenido sumergidos. El momento de la lucha se acerca. El objetivo es la independencia nacional [...]» (Pontecorvo, 1996).

Un hombre alto, robusto, morocho y de rasgos árabes, invita a apostar a un juego de cartas en plena calle céntrica. Su actividad se ve interrumpida por un agente de seguridad que lo persigue por dicho juego clandestino. La huida se produce por una avenida donde se puede observar una cadena de supermercados francesa —Monoprix—. Nuestro protagonista, Alí, llega corriendo a una esquina, donde un joven rubio, delgado, blanco, caracterizado como un clásico francés, interrumpe su veloz andar y con su pie logra que caiga tumbado. La sonrisa del joven rubio se contrasta con la mirada de preocupación y de enojo del morocho. En seguida el francés recibe un golpe y comienza la clásica trifulca, se suman otros hombres, mujeres y el policía. Los empujones, golpes y agresiones físicas se complementan con gritos: «Ladrón, ladrón», «Argelino de mierda».

La breve escena relatada de la película *La batalla de Argel* da cuenta de que la colonización francesa en Argelia supuso una fragmentación cultural, visualidad en términos territoriales (la ciudad europea y la *Casbah*), como también en términos sociales. El imperialismo no puede explicarse solamente a través de aspectos económicos-estructurales, sino que consideramos necesario estudiarlo como hecho complejo, contemplando lo ideológico-cultural como constitutivo y legitimador de aquella política.

A modo de conclusión

Creemos que el abordaje del tema en clase —entendiéndolo como un debate en torno al imperialismo, la decolonialidad del saber y la consolidación de una identidad nacional tercermundista que se nutre de la idea de liberación— puede servir para eliminar las dos grandes dificultades de las que hablábamos en la introducción.

El caso de Argelia ha sido tomado como paradigmático por su enorme significancia simbólica, por su peso político en la historia del siglo xx y, sobre todo, porque lo consideramos idóneo para trabajarlo en clase y empezar a deconstruir los conceptos previos sobre los procesos de descolonización. Entender la colonización desde su dimensión política, económica y también cultural es esencial para su análisis y para una mayor comprensión de la historia en términos generales. Implica que un proceso descolonizador también debería disputar el ámbito cultural, y así sucedió y sucede.

Hemos planteado este capítulo como un aporte para la reflexión acerca de la descolonización, intentando establecer algunos elementos comunes que nos permitan el abordaje de este tema en clase desde una mirada problematizadora. Consideramos que los procesos de descolonización constituyen parte fundamental de la historia del tercer mundo y ayuda a comprender la historia de la periferia, hecho que merece ser pensado pedagógicamente a fin de nutrir los debates en torno a la misma en nuestras aulas.

Referencias

- Béjar, M. D. (2013). *Historia del siglo XX*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.
- Bender, T. (2011). *Historia de los Estados Unidos. Una nación entre naciones*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.
- Bréville, B. (2016). *Atlas de historia crítica y comparada. Una visión heterodoxa desde la Revolución Industrial hasta hoy*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Capital Intelectual.
- Chamberlain, M. E. (1997). *La descolonización*. Barcelona, España: Ariel.
- Dussel, E. (2000). Europe, Modernity, and Eurocentrism [Europa, Modernidad y Eurocentrismo]. *Nepantla*, 1(3), 465-478.
- Escobar, A. (1996). *La invención del tercer mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Bogotá, Colombia: Grupo editorial Norma.
- Escobar, A. (enero-diciembre de 2003). Mundos y conocimientos de otro modo. El programa de investigación de modernidad/colonialidad latinoamericano. *Tabula Rasa*, (1), 51-86.
- Fanon, F. (1973). *Por la revolución africana*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Lander, E. (2011). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Centro de Integración Comunicación, Cultura y Sociedad (CICCUS), Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).
- Lacouture, J. (2005). Bandung o la era de la descolonización. *Le Monde Diplomatique*, Edición Cono Sur, (70), 30-31. Recuperado de <https://www.insumisos.com/diplo/NODE/1339.HTM>
- Lenin, V. I. (2008). *El imperialismo. Fase superior del capitalismo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Libertador.
- Mommsen, W. J. (2004). *La época del imperialismo*. Ciudad de México, México: Siglo Veintiuno.
- Pontecorvo, G. (Director). (1966). *La batalla de Argel* [Película]. Italia/Argelia: Igor Film/Casbah Films.

Quijano, A. y Wallerstein, I. (1992). La americanidad como concepto, o América en el moderno sistema mundial. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, (134), 583-591.

Said, E. (1996). *Cultura e Imperialismo*. Barcelona, España: Anagrama.

Said, E. (2005). *La pluma y la espada*. Ciudad de México, México: Siglo Veintiuno.

Wallerstein, I. (2007). *Universalismo europeo: el discurso del poder*. Ciudad de México, México: Siglo Veintiuno.

Notas

1• El 23 de febrero de 2005, en Francia, la Asamblea Nacional sanciona una ley en la que se favorecía la enseñanza de los procesos positivos de la colonización. Tras la polémica suscitada, en enero de 2006, se deroga el artículo 4. Muchos tomaron como ejemplo de ello la posibilidad de construir hospitales, carreteras e instituciones educativas mientras fueron colonias (Bréville, 2016). El artículo 4 establecía: «Los programas escolares reconocen, en particular, el papel positivo de la presencia francesa en el extranjero, especialmente en el norte de África, y otorgan a la historia y a los sacrificios de los combatientes del ejército francés de esos territorios el lugar relevante al cual tienen derecho».

2• Algunas fechas de independencias: Filipinas en 1946 (colonia de Estados Unidos); Indonesia en 1945 (Holanda); India en 1947 (Gran Bretaña); Ceylán, futuro Sri Lanka, el 14 de noviembre de 1947; Birmania en 1948 (Gran Bretaña); Indochina en 1954 (Francia); Ghana en 1957 (Gran Bretaña); Malí en 1957 (Gran Bretaña); Nigeria en 1960; Uganda en 1962; Kenia en 1963; Tanzania en 1964; Zimbabwe (ex Rhodesia) en 1980 todas de Gran Bretaña. Del imperio francés: Túnez en 1955; Marruecos en 1956; Guinea en 1958; 17 estados africanos (entre ellos Senegal, Costa de Marfil, Chad, Mali, Ubangui-Chari (República Centroafricana), Madagascar) en 1960; Argelia en 1962. Del imperio Belga: Congo-Kinshasa en 1960; Ruanda y Burundi en 1962. Del imperio portugués: Guinea-Bissau en 1974; Angola en 1975; Mozambique en 1975; Cabo Verde en 1975; São Tomé en 1975 (Lacouture, 2005).

3• El término casbah deriva del árabe Al Qasbah que significa 'ciudadela'. Es el primer distrito de Argel, en ella se levantan tres grandes mezquitas, una de ellas fue convertida por los franceses en Iglesia católica en 1930.